

Profecías cumplidas

Cuando pasó la fecha en que por primera vez se había esperado la venida del Señor –la primavera de 1844–, los que habían aguardado su aparición sintieron dudas e incertidumbre. Muchos continuaron investigando las Escrituras, examinando de nuevo las evidencias de su fe. Las profecías, claras y concluyentes, señalaban que la venida de Cristo era cercana. La conversión de los pecadores y el reavivamiento de la vida espiritual que se produjo entre los cristianos había testificado que el mensaje provenía del Cielo. Entretejida con las profecías que ellos habían considerado que se aplicaban a la fecha del Segundo Advenimiento, estaba la instrucción animadora de esperar pacientemente con fe que lo que ahora estaba oscuro para su entendimiento sería aclarado. Entre estas profecías se hallaba Habacuc 2:1 al 4. Sin embargo, nadie notó que la profecía incluía una aparente demora, un tiempo de espera. Después del chasco, este pasaje resultó sumamente significativo: “La visión se realizará en el tiempo señalado; marcha hacia su cumplimiento, y no dejará de cumplirse. Aunque parezca tardar, espérala; porque sin falta vendrá. [...] El justo vivirá por su fe”.

La profecía de Ezequiel también fue un consuelo para los creyentes: “La palabra del Señor vino a mí, y me dijo: [...] Ya está cerca el día en que todas las visiones se cumplirán. [...] Yo, el Señor, seré quien hable, y lo que yo diga se cumplirá. Ya no habrá más demoras”. “Lo que yo diga, se cumplirá” (Ezequiel 12:21-25, 28, RVC).

Los que esperaban se regocijaron. Aquel que conoce el fin desde el principio les había dado esperanza. Si no hubiera sido por esas porciones de las Escrituras, la fe los habría abandonado.

La parábola de las diez vírgenes de San Mateo 25 también ilustra la experiencia del pueblo adventista. Aquí se presenta a la iglesia de los últimos días. Su experiencia se ilustra con los incidentes de una boda oriental:

“El reino de los cielos será entonces como diez jóvenes solteras que tomaron sus lámparas y salieron a recibir al novio. Cinco de ellas eran insensatas y cinco prudentes. Las insensatas llevaron sus lámparas, pero no se abastecieron de aceite. En cambio, las prudentes llevaron vasijas de aceite junto con sus lámparas. Y, como el novio tardaba en llegar, a todas les dio sueño y se durmieron. A medianoche se oyó un grito: ‘¡Ahí viene el novio! ¡Salgan a recibirlo!’ ” (S. Mateo 25:1-6).

Se entendía que la venida de Cristo, tal como es anunciada por el mensaje del primer ángel, era representada por la venida del novio. La amplia reforma que se realizó bajo la proclamación de la pronta venida de Cristo respondía a la salida

de las vírgenes. En esta parábola, todas habían tomado sus lámparas, la Biblia, y habían salido “a recibir al novio”. Pero, en tanto que las vírgenes insensatas “no se abastecieron de aceite”, “las prudentes llevaron vasijas de aceite junto con sus lámparas”. Las últimas habían estudiado las Escrituras para conocer la verdad y tenían una experiencia personal, una fe en Dios que no podía ser derrocada por el chasco o la demora. Las otras actuaban por impulso, y sus temores habían sido despertados por el mensaje. Pero habían dependido de la fe de sus hermanos, habían estado satisfechas con una luz temblorosa de emoción, sin una comprensión cabal de la verdad o una obra genuina de la gracia en su corazón. Estas habían salido “a recibir” al Señor con la perspectiva de obtener una recompensa inmediata, pero no estaban preparadas para una demora y una desilusión. Su fe falló.

“Y, como el novio tardaba en llegar, a todas les dio sueño y se durmieron”. La tardanza del Novio representaba el paso del tiempo, el chasco, la aparente demora. Aquellos cuya fe estaba basada en un conocimiento personal de la Biblia tenían sus pies asentados sobre una roca que las olas de la desilusión no podían hacer desaparecer. “A todas les dio sueño y se durmieron”; una clase de cristianos abandonó su fe, y la otra esperó pacientemente hasta recibir una luz más clara. Los superficiales ya no podrían depender de la fe de sus hermanos. Cada uno debía permanecer firme o caer por sí mismo.

Aparece el fanatismo

Por este tiempo comenzó a aparecer el fanatismo. Algunos manifestaban un celo fanático. Sus ideas no contaban con la simpatía del gran cuerpo de adventistas, pero atrajeron el reproche sobre la causa de la verdad.

Satanás estaba perdiendo a sus súbditos, y con el propósito de que el oprobio arruinara la obra de Dios, trató de engañar a algunos que profesaban la fe y conducirlos a los extremos. Entonces sus agentes estaban listos para apropiarse de todo error, de todo acto inconveniente, y presentarlo a la gente en forma exagerada para hacer aparecer como odiosos a los adventistas. Cuanto mayor fuera el número de personas que lograra incluir entre los que profesaban creer en el Segundo Advenimiento mientras su poder dirigía sus corazones, tanto mayor sería el provecho que obtendría.

Satanás es “el acusador de nuestros hermanos” (Apocalipsis 12:10). Su espíritu inspira a las personas a observar los errores del pueblo del Señor y presentarlos a la luz pública, mientras que sus buenos hechos son pasados por alto sin ninguna mención.

En toda la historia de la iglesia no se ha realizado ninguna reforma sin encontrar serios obstáculos. Dondequiera que el apóstol Pablo levantaba una iglesia, algunos de los que profesaban recibir la fe introducían herejías. Lutero también sufrió aflicción por parte de personas fanáticas que pretendían que Dios había hablado directamente por su medio, pero presentaban sus propias ideas por encima de las Escrituras. Muchos eran engañados por los nuevos maestros y se unían con Satanás para derribar lo que Dios había inducido a Lutero a edificar. Los Wesley también hicieron frente a los engaños de Satanás, quien impulsó hacia el fanatismo a personas desequilibradas y no santificadas.

William Miller no tenía simpatía por el fanatismo. “El diablo –decía Miller– tiene gran poder sobre la mente de algunos en la época presente. A menudo he observado más evidencia de piedad interior en una mirada benigna o una mejilla humedecida, o en palabras entrecortadas, que en todo el ruido que se percibe en la cristiandad”.¹

En la Reforma, los enemigos de esta acusaron de los males del fanatismo a los que estaban trabajando más fervientemente en contra de estas manifestaciones. Los que se oponían al movimiento adventista siguieron una conducta similar. No contentos con exagerar los errores de los fanáticos, hacían circular informes que no tenían la más leve semblanza de verdad. Su paz resultaba perturbada por la proclamación de que Cristo estaba a las puertas. Temían que esto fuera cierto y, sin embargo, esperaban que no lo fuera. Este era el secreto de su guerra contra los adventistas.

La predicación del mensaje del primer ángel tendió directamente a reprimir el fanatismo. Los que participaban en estos solemnes movimientos estaban en armonía; sus corazones estaban llenos de amor mutuo y de amor por Jesús, a quien esperaban ver pronto. Una sola fe, una sola esperanza bendita, resultaban un escudo en contra de los ataques de Satanás.

El error corregido

“Y, como el novio tardaba en llegar, a todas les dio sueño y se durmieron. A medianoche se oyó un grito: ‘¡Ahí viene el novio! ¡Salgan a recibirlo!’” En el verano de 1844, el mensaje fue proclamado utilizando las propias palabras de las Escrituras.

Lo que condujo a este movimiento fue el descubrimiento de que el decreto de Artajerjes para la restauración de Jerusalén, que determinaba el punto de partida del período de los 2.300 días, se puso en vigencia en el otoño del año 457 a.C., y no al comienzo de ese año, como se creía. Haciendo que el período empezara en el otoño del año 457, los 2.300 años terminarían en el otoño de 1844. Los símbolos del Antiguo Testamento también señalaban al otoño como la época en que se realizaría “la purificación del Santuario”.

El sacrificio del cordero pascual era un símbolo de la muerte de Cristo. El símbolo se cumplía no solo en el suceso mismo, sino también en la época del año. El día 14 del primer mes judío, justamente el día y el mes en el que durante siglos el cordero pascual había sido sacrificado, Cristo instituyó la ceremonia que había de conmemorar su propia muerte como “el Cordero de Dios”. Esa misma noche él fue llevado para ser crucificado e inmolado.

De la misma manera, los símbolos y los tipos que se relacionan con el Segundo Advenimiento debían cumplirse en el tiempo señalado en el servicio simbólico. La purificación del Santuario, o sea el Día de la Expiación, ocurría el día décimo del séptimo mes judío, día en el que el sumo sacerdote, habiendo hecho la expiación por todo Israel, y habiendo quitado así los pecados del Santuario, volvía y bendecía al pueblo. Así se creía que Cristo aparecería para purificar la Tierra por medio de la

¹ Bliss, pp. 236, 237.

destrucción del pecado y los pecadores, y para bendecir con la inmortalidad a su pueblo que lo esperaba. El décimo día del mes séptimo, el gran Día de la Expiación, el tiempo de la purificación del Santuario, que en 1844 caía el 22 de octubre, fue considerado como el tiempo de la venida del Señor. Los 2.300 días terminarían en el otoño, y la conclusión a la que se había llegado parecía irrefutable.

“El clamor de medianoche”

Los argumentos producían una poderosa convicción, y “el clamor de medianoche” fue proclamado por millares de creyentes. Como una ola creciente, el movimiento se propagó de ciudad en ciudad y de aldea en aldea. El fanatismo desapareció como la helada temprana ante el sol naciente. La obra hecha era similar a las ocasiones en que el antiguo Israel volvía al Señor después de recibir mensajes de reproche por parte de los siervos de Dios. Había poco gozo lleno de éxtasis, y más bien profundo escudriñamiento del corazón, confesión del pecado y abandono del mundo. Se manifestaba una consagración sin reservas a Dios.

De todos los grandes movimientos religiosos ocurridos desde los días de los apóstoles, ninguno había estado más exento de imperfecciones humanas y de los engaños de Satanás como lo fue el del otoño de 1844.

Ante el llamado: “¡Ahí viene el novio! ¡Salgan a recibirlo!”, los que esperaban “se despertaron y se pusieron a preparar sus lámparas”; estudiaron la Palabra de Dios con un interés intenso, que hasta entonces era desconocido. No fueron los más talentosos, sino los más humildes y consagrados, los que obedecieron primero el llamamiento. Los agricultores abandonaron sus cosechas en los campos, los artesanos dejaron sus herramientas y con regocijo salieron a dar la amonestación. Las iglesias, en cambio, en general, cerraron sus puertas al mensaje, y una gran cantidad de los que lo recibieron se separaron de ellas. Los no creyentes que acudieron a las reuniones adventistas sintieron el poder convincente que acompañaba el mensaje: “¡Ahí viene el novio! ¡Salgan a recibirlo!” La fe produjo respuestas a las oraciones. Como lluvias torrenciales sobre la tierra sedienta, el Espíritu de gracia descendía sobre los que fervientemente buscaban la verdad. Los que esperaban estar en breve cara a cara frente al Redentor sentían un gozo solemne. El Espíritu Santo enternecía sus corazones.

Los que recibieron el mensaje llegaron al momento en que esperaban encontrarse con su Señor. Oraban mucho los unos por los otros. A menudo se reunían en lugares apartados para comulgar con Dios, y la voz de la intercesión ascendía al Cielo desde campos y bosques. La seguridad de la aprobación del Salvador les resultaba más necesaria que su alimento diario, y si una nube oscurecía su mente, no descansaban hasta que sintieran el testimonio de la gracia perdonadora.

Una nueva desilusión

Pero de nuevo, el tiempo de espera pasó y su Salvador no apareció. Ahora se sentían como María cuando, al llegar a la tumba del Salvador y encontrar que estaba vacía, exclamó llorosa: “Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto” (S. Juan 20:13).

El temor de que el mensaje podría resultar cierto había servido para restringir al mundo incrédulo. Pero, como no se viera ninguna señal de la ira de Dios, los mundanos se recuperaron de sus temores y reiniciaron sus reproches y el ridículo. Una clase numerosa que había profesado creer en el mensaje renunció a su fe. Los burladores atrajeron a sus filas a los débiles y a los cobardes, y todos estos se unieron en declarar que el mundo había de seguir siendo el mismo por miles de años.

Los creyentes fervorosos y sinceros habían abandonado todo por Cristo y, según ellos creían, habían dado la última amonestación al mundo. Con intenso deseo, habían orado: “¡Ven, Señor Jesús!” Pero ahora, el asumir de nuevo la pesada carga de las perplejidades de la vida y soportar el sarcasmo de un mundo burlón fue una prueba terrible.

Cuando Jesús entró triunfalmente en Jerusalén, sus seguidores creyeron que estaba por ascender al trono de David y liberar a Israel de sus opresores. Con grandes esperanzas, muchos tendieron como alfombra para sus pasos las prendas exteriores de sus vestimentas, o esparcieron delante de él las frondosas ramas de palma. Los discípulos estaban cumpliendo con el propósito de Dios; sin embargo, estaban condenados a una amarga desilusión. Pocos días después, presenciaron la muerte angustiosa del Salvador y cómo lo colocaban en la tumba. Sus esperanzas murieron con Jesús. Y no pudieron percibir, hasta que su Señor hubo resucitado de la tumba, que todo eso había sido predicho por la profecía.

Mensajes dados en el debido tiempo

De la misma manera, Miller y sus asociados cumplieron la profecía y dieron un mensaje que la Inspiración había predicho que sería dado al mundo. No lo podrían haber dado si hubieran entendido plenamente las profecías que señalaban su chasco y presentaban otro mensaje que había de ser predicado a todas las naciones antes de que viniera el Señor. Los mensajes del primer ángel y del segundo ángel fueron dados en el tiempo debido y realizaron la obra que Dios se propuso hacer por su medio.

El mundo había estado esperando que, si Cristo no aparecía, el adventismo sería abandonado. Pero, en tanto que muchos desistieron de su fe, algunos se mantuvieron firmes. Los frutos del movimiento adventista, el espíritu de escudriñamiento del corazón, de renuncia al mundo y de reforma de la vida atestiguaban que ese mensaje era de Dios. No se atrevieron a negar que el Espíritu Santo había acompañado la predicación del Segundo Advenimiento. No podían descubrir ningún error en los períodos proféticos. Sus oponentes no habían tenido éxito en rebatir su interpretación profética. No podían consentir en renunciar a su posición, alcanzada sobre la base de un estudio ferviente y con oración de las Escrituras, por medio de mentes iluminadas por el Espíritu de Dios y corazones que ardían con su poder vivificante, y que se habían mantenido firmes contra el saber y la elocuencia.

Los adventistas creían que Dios los había inducido a dar la amonestación del Juicio. “Ese mensaje –declararon– probó el corazón de todos los que lo oyeron [...] de manera que los que examinaron su propio corazón pudieron saber de qué lado [...] se habrían encontrado si el Señor hubiese llegado; si hubieran exclamado: ‘¡He

aquí, este es nuestro Dios; lo hemos esperado, y él nos salvará! [RV 6o] o si hubiesen clamado a los montes y a las peñas que cayeran sobre ellos y los escondieran de la presencia del que está sentado en el trono y de la ira del Cordero!²

Los sentimientos de los que todavía creían que Dios había dirigido este movimiento se expresan en las palabras de William Miller: “Mi esperanza en la venida de Cristo es tan fuerte como siempre. He hecho solamente aquello que, después de años de solemne consideración, creí mi deber hacer”. “Muchos miles, según las apariencias humanas, han sido inducidos a estudiar las Escrituras por la predicación del tiempo de su venida; y por ese medio, por la fe y la aspersión de la sangre de Cristo, han sido reconciliados con Dios”³.

Se mantiene la creencia

El Espíritu de Dios permanecía con aquellos que no negaron apresuradamente la luz que habían recibido ni denunciaron el movimiento adventista. “Así que no pierdan la confianza, porque esta será grandemente recompensada. Ustedes necesitan perseverar para que, después de haber cumplido la voluntad de Dios, reciban lo que él ha prometido. Pues dentro de muy poco tiempo, ‘el que ha de venir vendrá, y no tardará. Pero mi justo vivirá por la fe. Y, si se vuelve atrás, no será de mi agrado’. Pero nosotros no somos de los que se vuelven atrás y acaban por perderse, sino de los que tienen fe y preservan su vida” (Hebreos 10:35-39).

Esta amonestación estaba dirigida a la iglesia de los últimos días. Se indica claramente que el Señor parecería tardar. Las personas aludidas aquí habían hecho la voluntad de Dios al seguir la dirección de su Espíritu y de su Palabra; sin embargo, no podían entender el propósito divino en esa experiencia. Se sintieron tentados a dudar de si Dios en realidad los había conducido. En ese momento eran aplicables las palabras: “Pero mi justo vivirá por la fe”. Dobleados por las esperanzas chasqueadas, podían mantenerse firmes solamente por la fe en Dios y en su Palabra. Renunciar a su fe y negar el poder del Espíritu Santo que había acompañado al mensaje sería retroceder hacia la perdición. Su única conducta segura era mantener la luz ya recibida de Dios, continuar investigando las Escrituras y esperar pacientemente hasta recibir más luz.

²The *Advent Herald and Signs of the Times Reporter* [El Heraldo Adventista y Noticiero de las Señales de los Tiempos], t. 8, N° 14 (13 de noviembre de 1844).

³Bliss, pp. 256, 255, 277, 280, 281.